

VOCES

consejo editor

JUAN BARJA
FÉLIX DUQUE
JOAQUÍN GALLEGO
FERNANDO GUERRERO
JULIÁN JIMÉNEZ HEFFERNAN

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© MIGUEL ALBERO, 2024

© ABADA EDITORES, S.L., 2024

Calle del Gobernador, 18
28014 Madrid
WWW.ABADAEDITORES.COM

diseño SABÁTICA

producción GUADALUPE GISBERT

ISBN 978-84-19008-00-0

thema AAAAA

depósito legal M-0000-2024

preimpresión ESCAROLA LECZINSKA

impresión COFÁS, ARTES GRÁFICAS

MIGUEL ALBERO

Diccionario provisional de pérdidas



*Es la pérdida lo que nos enseña
el valor de las cosas.*

SCHOPENHAUER

SUGERENCIAS PARA LA LECTURA DE ESTE LIBRO

El libro que el lector tiene entre las manos es un diccionario. Y como regla general los diccionarios no se leen, se consultan, son obras de referencia, no de lectura. No así este diccionario, luego la primera sugerencia para la lectura de este libro es que sea en efecto lectura, esto es, que se lea y no se consulte. No acuda por tanto el lector a consultar alguna pérdida, porque la atesora o la ve venir, porque la ha sufrido o trata de evitarla a toda costa, incluso porque secretamente la desea o la añora, porque la persigue o la extraña, porque quiere en definitiva verse allí retratado. Y habrá que añadir que este es un diccionario literario y no médico, luego no acuda el lector a consultar la entrada de → **Alopecia** cuando advierta sagaz que empieza a clarearle el cartón sobremanera, pensando encontrar allí remedios, consejos o terapias preventivas, porque se decepcionará, añadiendo más descontento si cabe al que ya le procura generosa la propia calvicie.

Establecida la premisa –este diccionario se lee y no se consulta– veamos en qué orden puede leerse, y decimos *puede* y no

debe porque al cabo el lector es soberano, pretender obligarle cuando el libro ya está en su poder es tarea estéril además de idiota. Por eso son sugerencias y no instrucciones, hablemos mejor de opciones y no de reglas, y una primera opción de lectura es casi una obviedad, pues nos habla de proceder como obraba el Autodidacta en el libro *La nausea* de Jean Paul Sartre. Este personaje, cuyo nombre se omite porque su condición basta para mentarlo, o porque la condición se ha convertido en su nombre, decide emprender el camino de la sabiduría por el procedimiento de leer disciplinado por orden alfabético todos los libros de la biblioteca, no debiendo esperar mucho para darse con Borges, pero tardando una eternidad muy duradera, que enervaría sin duda al irascible autor, en llegar a Unamuno. Pues así como el Autodidacta operaba con la biblioteca, el lector puede hacer lo mismo con este diccionario, siguiendo obediente la fórmula recomendada por el Rey al Conejo en *Alicia en el país de las maravillas*, en este diálogo maravilloso convertido en un clásico:

El Conejo Blanco se puso las gafas. —¿Por dónde debo empezar, con la venia de Su Majestad? —preguntó. Empieza por el principio, dijo el Rey con gravedad, y sigue hasta llegar al final; allí te paras.

Claro que para este viaje no hacen falta alforjas, puede pensar el lector, armado de la ira de Unamuno, sobran y cuánto las sugerencias de lectura, ni siquiera es precisa la imaginación, pues me basta operar, una vez informado de la naturaleza del libro, como opero con cualquier otro que leo y no consulto, como le recomienda el Rey al Conejo Blanco, con el orden que el autor y editor han querido imponerme con su paginación. Con una ventaja, eso sí, frente a lo ordenado por el Rey; yo puedo parar cuando quiera, no estoy obligado a llegar al final para detenerme, si la lectura me incomoda o sobre todo me aburre.

Una segunda opción de lectura, más aventurera y aparentemente desordenada, es marcarse un Rayuela, y alterar el orden

de paginación y de paso el alfabético, dejándose llevar por las menciones a otras entradas que en cada una se ofrecen. Es decir, abrir este libro por cualquier página y luego seguir así, un poco de oca en oca y tiro porque me toca, y así uno termina leyendo de forma sucesiva las voces con afinidades semánticas y no alfabéticas. De → **Ayer** vas directo a → **Nunca**, de → **Nunca** retrocedes para abordar → **Apocalipsis**, sin que en el proceso se acabe en efecto el mundo. O empiezas con → **Hundimiento**, para naufragar a gusto y éste te lleva cuco a → **Suspensión**, muy lejos en el alfabeto y de ahí vuelves atrás para perder el equilibrio y leer → **Caída (caída)**. Esta opción de lectura presenta la ventaja indudable de permitir al lector ahondar en los matices que separan finos una pérdida de otra, pero incluye el inconveniente de la propia similitud de las entradas, y acaba uno comiendo *fusilli* y después *farfalle*, *linguini* y después *tortellini*, consumiendo en ese devenir pasta después de pasta, con matices sí, sin duda, pero pasta al cabo. La primera, el dejarse llevar por el alfabeto, te hace pasar de → **Alopecia** a → **Amnesia**, de perder el pelo a perder la memoria para recordarlo, alternando así materias de muy distinto pelaje (o incluso sin él), la pasta con la carne, la verdura con la fruta, mezclando así sabores y olores, texturas y condimentos.

Y por último, sea cual sea el orden escogido, la sugerencia en lo referente a la posología, por pasar de lo gastronómico a lo farmacéutico, sería ésta: nada de atracones, y así no debe uno tomarse toda la caja de grageas de golpe, porque para eso te habrían recetado una inyección que contuviera esa cantidad de medicamento, no debe de leerse este diccionario del tirón, pese a ser → **Tirón** una de sus muchas entradas. Tres dosis diarias es lo recomendable, antes de las comidas eso sí, porque el ayuno agudiza el ingenio, predisponiendo mejor a la lectura que la ingesta de alimentos, al conducir esta a la modorra, natural

enemiga de la concentración, por la consabida falta de riego, pues en esos momentos todo tu ser centra sus esfuerzos en la ardua tarea de la digestión. Y puedes en cada toma leerte una o dos entradas, así tomas una o dos grageas de tus vitaminas, en función del tiempo y las ganas disponibles, más son demasiadas, menos, algo muy parecido al placebo.

PÉRDIDA. *Carencia, privación de lo que se poseía.* Así reza la primera acepción del Diccionario de la Lengua Española (en adelante DLE), que por una vez acierta, como aciertan dos veces al día sin querer los relojes detenidos. La parte final de la definición es esencial: para sufrir una pérdida hay que poseer algo previamente, no es posible perder cuanto no se atesora, aunque afirmemos equivocados que alguien pierde la compostura, sin pensar que puede no haberla tenido nunca. Y hablamos de sufrir, ése es el verbo empleado, porque dejar de poseer algo siempre causa dolor, y, si no, quítenle a un niño de cinco años el camión de plástico regalo de su padrino por su cumple, o vean qué sucede cuando al infante se le deja de suministrar la leche materna. No por nada al amante que ha dejado de serlo se le describe en su ira como despechado. Luego si empleamos el verbo sufrir es porque existe en la pérdida otro elemento no reflejado en la definición y es su carácter involuntario. *Patere* sería el verbo perfecto para expresarlo, ese sufrir pasivo, ese